

# GÚRBEZ EN GUIRILAND

Adaptado de:

**Lourdes Miquel.**

**E.O.I. Barcelona**

(Publicado en 'Carabela' Nº 45. Ed. S.G.E.L. Madrid 1999)

## 1. Gúrbez se va de viaje

Gúrbez es un español cuya ilusión más importante en los últimos tiempos es pasar una temporada en Guiriland. Para ello se ha preparado concienzudamente: durante unos años ha estudiado guiriñés en la Academia Normaplús. en la que, bajo la apariencia de una enseñanza comunicativa, ha hecho acopio de todas las reglas estructurales de la lengua meta y, de vez en cuando, ha participado en conversaciones libres sobre distintos temas. Gúrbez, hombre muy responsable, está muy ilusionado con poner en práctica todos sus conocimientos durante los pocos días que durará su estancia. De Guiriland hay muy poca información, apenas una *Guía del Trotalands* y algunos folletos superficiales recogidos en varias agencias de viajes. A través de esa información, y de algunos comentarios que, de pasada, se hicieron en las clases, sabe que los horarios de las tiendas y de las comidas son distintos a los de los españoles, sabe qué platos son los más típicos, qué moneda manejan -el Guilar-, y también qué monumentos, museos, teatros, restaurantes, bares y salas de fiesta no debe perderse.

Cuando Gúrbez se traslada a Guiriland se da cuenta de que tiene bastante fluidez, de que entiende una buena parte de lo que le dicen y de que él. a su vez, se hace entender. Sin embargo, Gúrbez tiene muchos problemas: se siente incomprendido en ocasiones, en otras se siente irritado, a veces se siente ridículo y muchas veces maltratado. Muy a menudo piensa que los guirilandeses no son tan encantadores como había imaginado.

### 1.1. La estancia de Gúrbez en Guiriland

De entrada, llama a una pensión pero no entiende la dirección. Le dicen: 43, 5º, 4a. y, por mucho que insiste, no logra que le digan el nombre de la calle<sup>1</sup>. Tiene que comprarse un mapa y estudiarse a fondo la ciudad para deducir que las calles van de la 1 a la 230 de este a oeste, y, de sur a norte, se ordenan con ordinales -de 1.º a 50.º-, mientras que 2.a es el portal al que debe acudir. Gúrbez había actuado con su conocimiento del mundo español y al oír la dirección había presupuesto que faltaba el nombre de la calle. También tiene un lío con la telefonista, que le da el número de una manera muy rara: *un millón trescientos cincuenta mil setecientos veinticuatro tres, le dice*.

Cuando le presentan a alguien duda continuamente sobre cuál es el nombre y cuál es el apellido: Cármenez Mar Montejo Womanes o Mar Víc-torez Riejo Manes<sup>2</sup>. Le parece un auténtico lío y más con esa manía de que todos se llaman Mar en algún momento/posición de su nombre. Eso sin hablar de que él se precipita a dar besos a las mujeres cuando ellas le dan palmaditas en la espalda, mientras se alejan de la fogosidad de Gúrbez.

Comprar es una auténtica pesadilla. Tarda días en descubrir las patatas, porque las venden envueltas por unidades en papel de celofán de distintos colores; Gúrbez pensaba que eran polvorones. No logró encontrar ajos en ninguna parte y tuvo que realizar varios itinerarios

---

<sup>1</sup> La organización urbana crea muchos problemas a los viajeros. Aquí, en España, los estudiantes extranjeros tienen grandes problemas para deducir que los ordinales corresponden a piso y número.

<sup>2</sup> Los estudiantes extranjeros comentan que les cuesta mucho entender que María, delante de otro nombre, sea para una mujer: en cambio, detrás de otro nombre, sea para un hombre.

completos al supermercado hasta localizar el aceite, que estaba junto al caviar y en botellas de 100 m/1.

Y comer es toda una aventura. En Guiriland hay un orden preestablecido: de primero se toma una fruta; de segundo, una sopa; de tercero, un té, y de cuarto, carne o pescado. A Gúrbez le parece un orden irracional e, incluso, malsano, por lo que, cada vez que va a un restaurante, intenta transgredirlo, cosa que no siempre logra y que enoja extraordinariamente a los camareros, quienes, cuando Gúrbez se va, consideran que todos los habitantes del país de Gúrbez son una gente muy rara, cargada de exigencias y empeñados en complicarles la vida.

Otro problema es preguntar la hora, cosa que debe hacer repetidamente, porque su reloj no funciona muy bien y en Guiriland están absolutamente obsesionados por la puntualidad<sup>3</sup>. En la academia le enseñaron un sistema que se parecía mucho a la manera de calcular la hora española. Sin embargo, en la práctica, los guirilandeses usan un sistema abstruso e imposible que a Gúrbez le da la impresión de que lo hacen expresamente para fastidiar, dice cuando llama a su casa. Los guirilandeses dicen: Faltan dos y cuarto para decir las diez menos cuarto de la mañana, o Pasan tres y media para decir las tres y media de la tarde<sup>4</sup>. A Gúrbez le lleva algunos días saber a ciencia cierta que el punto de referencia son las doce del mediodía.

Un día acude a una cena en casa de unas personas que acaba de conocer y lleva una espléndida docena de rosas a la anfitriona, que, sin embargo, casi no le agradece el detalle, pone mala cara y, francamente conmovida, empieza desesperadamente a colocar las rosas en floreros distintos poniéndolas de tres en tres. ¡Qué desagradecida!, piensa Gúrbez. ¡Qué agorero!, piensa la anfitriona.<sup>5</sup>

Otro día va a casa de un conocido, que vive en el piso 23 del edificio más alto de Guiritown, a recoger unos libros. En el ascensor entra con un señor desconocido que, en cuanto se cierran las puertas, lo saluda efusivamente dándole un fuerte abrazo y le pregunta por su familia y por su estado de salud. Gúrbez se siente amenazado por tanta cercanía e intimidad y, además, no quiere explicarle nada personal a esa persona que nunca volverá a ver. Lo suyo es hablar del tiempo, en el caso de que haya que hablar<sup>6</sup>. A su vez, el desconocido piensa que nunca se había encontrado a nadie tan hosco, distante y frío. Cuando el azaroso y tenso trayecto termina, Gúrbez llega al piso 23 y llama a la puerta de su conocido. Cuando éste abre la puerta Gúrbez le dice que sólo tiene un momento y que viene a buscar los libros que le había prometido. De repente, la puerta se cierra en sus narices.<sup>7</sup> Compungido, Gúrbez se plantea que está en un país de extremos: o se pasan de cariñosos o de secos, y que no hay quién los entienda. El guirilandés se queda tras la puerta, afectado, pensando que Gúrbez y todos sus paisanos son unos groseros.

Casi a punto de volver a España, un compañero de pensión le enseña la foto de su hijo recién nacido. Gúrbez le dice que es muy guapo. Su compañero lo niega absolutamente y sólo le encuentra defectos. Gúrbez cree que lo hace para que insista y sigue diciéndole lo bonitos que tiene los rasgos y lo hermoso que está, ante lo cual su compañero incrementa sus críticas.

---

<sup>3</sup> Estar obsesionados por la puntualidad es una observación que los españoles hacemos a menudo al ponemos en contacto con culturas con un valor distinto de lo que representa llegar tarde a la hora pactada.

<sup>4</sup> Sin ir más lejos, el cálculo del tiempo en catalán es muy distinto al castellano: a partir de la hora en punto se considera que todo el tiempo que pasa pertenece a la hora siguiente. Así, las 2.15 es un cuarto de tres.

<sup>5</sup> En Rusia, Ucrania, Polonia y otros países del antiguo *Este*, a los muertos se les llevan números pares de flores, mientras que a los vivos siempre se les regalan números impares.

<sup>6</sup> En Estados Unidos, por ejemplo, es habitual elogiar la indumentaria de las personas que van en el mismo ascensor. En España, de iniciar una conversación, se habla del tiempo.

<sup>7</sup> En muchos lugares de cultura árabe, como en Egipto, se considera una falta absoluta de educación anunciar el propósito de la visita al principio del encuentro. Primero se debe compartir un té y algunas informaciones y, luego, puede hablarse del motivo. En España pasa algo semejante: cuando llamamos por teléfono a un conocido planteamos como si fuera un tema secundario el verdadero propósito de la llamada y lo hacemos después de un tiempo de haber establecido el contacto.

Gúrbez cree que estos guirilandeses no tienen ningún sentido de la paternidad, que son unos desapegados o unos tremendos hipócritas. El padre de la criatura lo considera un inconsciente<sup>8</sup>, un descastado y un solemne pesado, y maldice el momento en que se le ocurrió enseñarle la foto de su querido bebé.

## 1.2. El regreso

Al regresar, Gúrbez, además de castigar a sus amigos con un larguísimo vídeo, les cuenta:

*El país está muy bien. pero la gente es muy rara, rarísima. Porque tienen museos, que si fuera por la gente es como para no ir... Tienen unas costumbres extrañísimas, no te puedes imaginar qué manera tienen de comer, todo mezclado, todo al revés, imagínate que al final, como de postre, se comen la carne o el pescado y antes ya se han tomado el café. No sé cómo no tienen más problemas de estómago... Bueno, y si quieres saltarte el orden no te puedes imaginar cómo se ponen, como si lo suyo fuera normal y tú fueras un tipo raro... Aparte, los supermercados están organizados fatal: te vuelves loco para encontrar las cosas y los muy miserables venden las patatas de una en una, envueltas como si fueran polvorones, y si quieres comprar aceite, te arruinas, como si fuera una joya. Claro, como ellos comen esas porquerías... Además, la gente no es nada amable, imagínate que voy un día a casa de unos conocidos, me gasto una pasta en unas flores y resulta que la señora pone mala cara y allí, nada más dárselo, desmonta de malas maneras el ramo para ir poniendo las rosas por ahí, que daba pena verlas... Otro día un tipo me dice que me va a prestar unos libros, voy a recogerlos a su casa y, en cuanto empiezo a hablar, me da con la puerta en las narices... Serán antipáticos, pero ¿qué se habrán creído?.. Y luego va otro, me enseña la foto de su hijo y empieza a decir que es feísimo y que no vale nada y yo, que pensaba que lo hacía para que insistiera, venga a decirle que era precioso y el tío que no y que no... Es que no tienen sentido de la familia ni de nada y, encima, son unos hipócritas de narices... Bueno, y los poquitos que no son antipáticos, son de un empalagoso que hay que ver... Un día un tipo con el que coincidí en un ascensor entra y me abraza, que yo no podía ni respirar, y venga a preguntarme por la familia y por mi salud. Yo no sabía qué pretendía, allí los dos metidos y subiendo juntos hasta el piso 27... Llegué a pensar que quería robarme la cartera o algo así, porque ¿a qué venía tanta zalamería y efusión...? Y no quieras ni saber lo que tienes que sudar para que te den una dirección o un teléfono... Te lo dicen de una manera como si tú tuvieras que conocer sus costumbres, que si doscientos quince millones, que si 5º es la calle... Y si preguntas la hora, es de pánico, no hay manera de aclararse. Lo tienen montado todo al revés, tan al revés que cuando te dicen un nombre nunca sabes qué nombre es. Con lo claritos que son los nuestros...*

---

<sup>8</sup> En casi todos los países árabes se considera que los elogios pueden traer mala suerte y los niegan para conjurar el mal.